
Día Universal de la Lengua

Arturo Jaramillo V.



El 23 de abril de cada año se recuerda en los pueblos de habla castellana el "Día del Idioma", en celebración del aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra.

En estos breves rasgos, he de partir necesariamente de la definición académica del término lengua, que significa el conjunto de las palabras del lenguaje hablado o escrito propio de un pueblo, de una nación, de una comunidad.

He de remitirme, además, a señalar la unidad y univer-

salidad de nuestra lengua y decir que asentados en tierras distantes y distintas a todo lo ancho del mundo, cientos de millones de seres se expresan en lengua castellana. En España y en América Hispánica, al norte del África y al sur de los Estados Unidos; en Filipinas, en los Balcanes y en el Asia Menor, vive y lucha gente hispano-hablante. No hay, pues, hipérbole al afirmar que "en los dominios del idioma no se pone el sol".

Justo es indicar también que entre las lenguas más conocidas, sólo el chino y el

ruso superan al castellano en lo que a número de habitantes se refiere. Pero en lo que a expansión en el mundo concierne, probablemente sólo el inglés ocupa una geografía más extensa. El inglés y el castellano son, pues, lenguas universales, si por universalidad de una lengua se entiende su uso extendido por distintos continentes y lejanas regiones del globo.

Verdad que el chino y el ruso cubren también la impresionante superficie de sus respectivos países; pero también es un hecho que no

traspasan las fronteras de los mismos y por ello no tienen la categoría de universales. Menos aún la tienen lenguas tan importantes como el francés, el alemán y el italiano, y en este sentido la tiene más bien el portugués. Se concluye, entonces, que los dos idiomas verdaderamente universales son el inglés, en primer lugar y el castellano, en segundo.

Nuestro idioma no es hoy igual al que hablaron y escribieron nuestros antepasados, por ejemplo los descubridores y civilizadores de América Hispana; es hoy el resultado de la refundición de varios idiomas que hablaron pueblos como los celtíberos, los fenicios, los griegos, los cartagineses, los romanos y siglos más tarde los bárbaros y los árabes.

En la edad moderna y contemporánea hay vocablos en nuestro idioma, cuya procedencia es francesa, alemana, portuguesa, italiana, inglesa y de otras lenguas indígenas americanas. No es el parto de un pueblo en un momento dado, sino la lenta y sólida estructuración de una forma de hablar y escribir a través de centurias. Tampoco es la confusa mezcla de unos idiomas con otros, sino que nuestro idioma se fundió en un crisol depurado hasta adquirir la personalidad inconfundible que tiene y que lo distingue como uno de los más ricos y armoniosos, justo orgullo para nuestros pueblos que han conservado

la integridad del castellano, como tal vez en ninguna otra región del mundo.

Al destacar la importancia del buen hablar y escribir mejor, Gracián, en su obra *Oráculo Manual*, dice *"Todo hombre sabe a tosco sin artificio, y ha menester pulirse en todo orden de perfección... Entre los artificios humanos, puesto que éstos no son innatos, se encuentran la cultura y la civilización... El concepto de cultura implica no solamente un acúmulo de ciencia, sino también un refinamiento en el arte que comprende la pintura, la escultura, la música y el arte de escribir, sin duda el más útil, más provechoso y menos generalizado... Este arte de escribir no debe entenderse como un arte que persigue una finalidad exclusivamente estética, sino como medio de comunicación correcta y elegante, que muestre mejor la cultura de una persona bien formada"*.

De este acerto se desprende entonces que los estudiantes de segunda educación, los universitarios, los profesionales en las diversas especializaciones, tienen el deber ineludible de hablar y escribir mejor, porque esa forma de hablar y de escribir los diferenciará del común de las gentes. Sin exigir, desde

luego, que todos se conviertan en escritores.

A este respecto me pregunto, ¿en qué país del mundo se considera persona bien educada a quien carece de ortografías elementales?... ¿Acaso, no sabemos que la ciencia no es otra cosa que un lenguaje bien hecho?... Y cuán útil sería también que en las escuelas sobre todo, y en las universidades especialmente, antes de aplicarse a otros métodos novísimos, de efecto un tanto arriesgado a veces, se pasara al menos por un período de ensayo de la antigua y buena moda francesa, que consiste en dar central importancia a la educación y perfeccionamiento de la aptitud de redactar... Redactar tres y más veces, pues de esta observancia provienen después privilegios y primacías... El secreto de la aristocracia y del predominio de la ciencia francesa, así como de su universalidad, se encuentra en un don muy suyo: en la secular y segura superioridad de redacción.

No somos literatos se dicen los físicos, los historiadores, los economistas, los filósofos. Nuestra misión no consiste en construir frases sino en investigar, en buscar la verdad, en experimentar... Nada más cierto. Pero el fruto de toda esa labor es forzoso darlo envuelto en palabras; y si no se conoce el arte de tejer con ellas, el resultado suele ser un mazacote difícil de

digerir... Las ideas pueden presentarse con distinto ropaje verbal. Luego, el político, el filósofo, el científico, tienen la posibilidad de exponerlas de muchas maneras, lanzarlas a la circulación con distintos envases... Y bien: de este envase, o estilo, depende más de una vez su éxito o su fracaso... Platón, Pascal, Bergson, con un estilo revesado no hubieran tenido el ámbito ecuménico que les conquistó la belleza de la forma... Y, así, podría citar y traer a colación centenares de ejemplos.

De ahí por qué esa faena, al parecer humilde, de enhebrar palabras, de domesticar el idioma, de manejarlo con cierta soltura, tiene su trascendencia. Merece, pues, meditarse esta conocida estrofa de Teófilo Gautier: "Sólo el arte robusto goza de eternidad. Sólo los frutos del espíritu —los auténticos, los altos— resisten la acción corrosiva del tiempo"... Los ejemplos brotan en tropel: de la Grecia legendaria, la del siglo VIII, no quedan, en lo material, sino ruinas informes. Mas sobre esas ruinas se ciernen, vivientes, como grandes pájaros, los exámetros de Homero, es decir, lo que parecía más débil, menos vividor, más inconsistente... De la Atenas de Pericles poco ha quedado en pie, pero no se ha extinguido el mensaje de sus poetas, la lección plástica de sus escultores, las ideas de sus filósofos... Desde el fondo de la historia, esos griegos ilustres siguen

señalando rumbos a los pueblos más civilizados... Los versos de Virgilio y de Horacio, más resistentes que el bronce, sobreviven a las murallas, a los circos, a los acueductos... De la Jerusalem de las Escrituras no ha quedado piedra sobre piedra, pero las divinas parábolas del Crucificado, continúan siendo el más dulce consuelo a la desvalida criatura humana.

En esta evocación, necesario es señalar que el menosprecio de la inteligencia es estigma de nuestra época, época del hombre masa, del menestral y del hombre negociante, del audaz y del desafortunado... Es difícil que un yanqui de nuestros días comprenda que las enormes fábricas, que los rascacielos, que el poderío físico, vivirán menos que Edgar Allan Poe o que Walt Whitman... Cuando ya nadie se acuerde de Krup, el coloso germano, seguirán viviendo en el corazón de los hombres Mozart, Beethoven, Goethe, Schiller, Heine... A esas montañas de hierro y cemento que parecen tan sólidas, las come el orín, el tiempo las pulveriza... y ahora las bombas. Todo eso, es transitorio, perecedero, "verdura de las eras" como dijo el poeta. Y es que sólo cuentan, a la postre, las cosechas del espíritu... Sí las cosechas espirituales son, en última instancia, las que más rinden.

Finalizaré este esbozo indicando que lo que se plantea para los niveles

superiores de cultura no es un profesionalismo en el arte de escribir, sino que se piense bien, que se diga bien y se escriba bien, como corresponde al hombre culto, al profesional de título académico, cuya actividad no es sólo extraer vesículas, dar discursos, resolver las crisis económicas y construir puentes, y, a veces, despotricar y ofender, sino eruirse sobre la ciencia para exponerla bien, con la claridad y elegancia que demanda su fuero: ni la ciencia ni la técnica son incompatibles, entonces, con el embellecimiento del idioma.

